

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

LA VERDAD.

—
¿Quis arguet me de peccato?
Si veritatem dico vobis
¿quare non creditis mihi?

JOAN. VIII, 1.

El mundo habia perdido la verdad, y se hallaba como de asiento en tristes tinieblas y sombras mortales. El mundo suspiraba por la verdad que es su luz, su alimento, su vida y su mas rico tesoro. Pedia á los sábios, á los filósofos, á los poetas el pan de la verdad, y no habia quien se lo partiese. Porque hasta los mas ilustres representantes de la razon humana confesaban su impotencia para encontrar la verdad, y solo podian ofrecer al mundo algunas verdades imperfectas y mezcladas con muchos errores. Todo era preguntar: ¿Cuándo se acabará la noche, y aparecerá en

nuestro horizonte el sol de la verdad? *¿Custos, quid de nocte?* Llegó al fin la plenitud de los tiempos, y Dios envió su Hijo, lleno de gracia y de verdad. El Verbo de Dios se hizo hombre, y conversó con los hombres, y se proclamó maestro divino venido del cielo á disipar con los rayos purisimos de la verdad las densas y espantosas tinieblas que cubrian toda la haz de la tierra. *Yo soy la verdad*, decia Jesucristo; *Yo soy la luz del mundo*. La Verdad fué mal recibida. *Et sui eum non receperunt*. La luz fué rechazada; las tinieblas no la comprendieron. El Hijo de Dios se encara con sus enemigos, y reivindicando su autoridad de maestro, y los derechos de la verdad, les dice: ¿Quién de vosotros me arguirá de pecado? Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? El que es

de Dios oye la palabra de Dios. Por eso vosotros no la oís, porque no sois de Dios.

Jesucristo es la verdad y la santidad, el maestro infalible de la verdad, y el modelo eterno, soberano, perfectísimo de la santidad. De aquí la necesidad de aceptar las verdades que El nos enseña, y la obligación de cumplir las leyes que nos impone. No es de Dios, no puede llamarse católico, no tendrá parte en la rica herencia del cielo, el que no cree en Jesucristo, el que no acepta y confiesa todas las verdades enseñadas por Jesucristo, el que no acepta, ni cumple fielmente toda la ley de Cristo, el que no piensa, ni siente, ni vive conforme á la santísima ley de Cristo. En suma: Todo hombre, si quiere ser de Dios, y vivir la vida de Dios, necesita someterse á Jesucristo que es la verdad y la santidad.

— — —

Hemos nacido para conocer la verdad. En las alturas sagradas de nuestra alma resplandece como el sol en medio del cielo el entendimiento, facultad nobilísima que nos hace semejantes á Dios y nos eleva sobre todas las criaturas mundanas. La verdad, dice Aristóteles (1) es objeto del

entendimiento como el bien es el objeto de la voluntad. Dios ha puesto en nuestra alma, dice Lactancio, un deseo ardiente de la verdad (1). San Agustín, lumbrera de la Iglesia y de la ciencia afirma que Dios ha creado la naturaleza racional para que entienda el sumo bien, y se deleita en su posesión. (2) Ha nacido el ave para volar, el caballo para correr, la fiera del bosque para devorar, dice Quintiliano, pero el hombre ha nacido para buscar afanoso la verdad. *Sicut aves ad volandum equi ad cursum, ad sevitiem feræ gignuntur, ita nobis propria est mentis agitatio atque solertia* (3). Hay en nuestras almas, dice Cicerón, un deseo insaciable de conocer la verdad. *Inest mentibus nostris quædam cupiditas veri videndi* (4) La verdad es la sustancia de que nuestra alma se alimenta, lo que busca con afán, lo que abraza con ardor, como el único objeto que llena su vacío. Todos los hombres desean naturalmente saber, conocer la verdad, poseer la verdad, persuadidos de que reconquistan su legítimo patrimonio cuando la encuentran, y que respiran su

(1) In 1.º Metha.

(1) In 3.º divi insti adver. gen.

(2) Enchirid et ponitur in 2 sent. dist. 1.

(3) Libro 1 de orat institutione.

(4) In 1.º de officiis á in Tusc.

aire natal cuando la gozan, *Omnēs homines naturaliter scire desiderant* (1). Pero ¿qué cosa es la verdad? La verdad puede ser considerada en las cosas mismas en las ideas que tenemos de ellas, y en las palabras con que las expresamos.

La verdad considerada en las cosas mismas se llama *metafísica* en cuanto que su ser real está conforme con la divina inteligencia, ó con las notas y caracteres que constituyen su naturaleza específica. Llámase *objetiva* la verdad en cuanto se indentifica con el ser real, y tiene aptitud para engendrar en nosotros un conocimiento verdadero. Y la verdad se llama *subjetiva* cuando hay conformidad entre nuestro entendimiento y la cosa conocida. Las cosas son lo que son, independientemente de nuestro entendimiento; y cuando las entendemos como son en sí mismas y pronunciamos un juicio conforme con su naturaleza y con sus notas y propiedades, conocemos su verdad objetiva y nos deleitamos en este conocimiento.

Ahora ¿cual es la verdad que mas nos interesa conocer para nuestra dicha temporal y eterna? Todas las verdades se contienen

en estos tres objetos; Dios, el hombre, el mundo. Conocer la verdad de Dios, la verdad del hombre, la verdad del mundo, hé aquí la mas noble ocupacion de nuestro espíritu, y el delicioso festin que se ofrece á sus facultades para su dicha y perfeccionamiento. Pero la razon humana no puede conocer la verdad de Dios, la verdad del mundo, la verdad del hombre como es debido y en orden á su fin sobrenatural sin la luz de la fé, sol divino que esclarece el mundo de las almas como el astro del dia ilumina el mundo de los cuerpos. Cuarenta siglos de errores y tinieblas demuestran con abrumadora elocuencia la impotencia radical de la razon humana para descubrir y conservar el tesoro de la verdad. ¿Dónde encontraremos ese rico tesoro? Hé aquí el símbolo de nuestra fé, sublime compendio de las verdades que alimentan la vida del mundo: hé aquí el decálogo, exacto resumen de la moral cristiana, código divino que contiene la ley de Dios, regla inmutable de las voluntades individuales y norma soberana de pueblos, reinos, y naciones. ¿Quién puede arguir de pecado á Jesucristo, luz y maestro del mundo, Legislador, y modelo del mundo?

■ (1) Aristi in 1^o Metha.

Y si Jesucristo dice la verdad, ¿por qué no aceptan la verdad cristiana todos los discípulos de Cristo? Si su ley es santa, inmaculada, luminosa, que ilumina los entendimientos y transfigura las almas, ¿por qué no la cumplen individuos y sociedades, gobiernos y pueblos, reinos y naciones? No son de Dios; por eso rechazan la verdad de Dios. Aborrecen la verdad, detestan la luz de la verdad, aman las tinieblas mas que la luz, no quieren oír, ni conocer la verdad, porque son malas sus obras, y no quieren dejar sus vicios ni combatir sus pasiones. *Nolunt intelligere ut bene agant.* Hé aquí la verdadera clave para explicar todo lo que vemos y tocamos, á saber; las negaciones insolentes y las impías persecuciones, las herejías sancionadas, y las conculcaciones legales, la inmoralidad protegida, y el vicio triunfante, origen, causa y motivo de la perdición de los hombres, la miseria de los pueblos, y la ruina de las sociedades. Los hombres que se rebelan contra Jesucristo, ya están juzgados con juicio irrevocable de eterna condenación, si antes de la muerte no vuelven contritos y humillados al camino de la verdad y de la virtud. Las naciones que apedrean la verdad que es Jesu-

cristo, se precipitan en el abismo de todos los males y desventuras.

Sed vosotros de Dios con la cabeza y el corazón, de palabra y de obra; y no os avergonceis de manifestar vuestra fé delante de los hombres, á fin de que Jesucristo os confiese delante de su Padre. El que es de Dios, confiesa, publica, y defiende con valor la verdad y la ley de Dios; y esta confesion le franquea los tesoros de su gracia en esta vida y las puertas del cielo en la eterna vida. Amen.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS.

Oh! los dichosos trapos!

(Continuacion.)

II.

Si volvemos al mismo pequeño salon un mes mas tarde y al mediar un hermoso dia de Enero, encontraremos á Emelina y Cecilia, sentadas en un sofá. La rubia cabeza de Emelina descansaba sobre el hombro de Cecilia y por encima de la cabeza de ésta se inclina la bella mirada de la parisien; sus dos ojos negros, inteligentes y profundos, acarician, por decirlo así, á la dulce jóven que la escucha.

Cecilia viste elegante traje de seda; sus cabellos maravillosamente peinados, sus joyas y todo su exterior nos haria pensar que vá á salir de casa para ir á

un baile. No es así. Cecilia está siempre dispuesta de la misma manera. Su conversación con Emelina, en este momento, rueda precisamente sobre este grave asunto, que la preocupa sin cesar, el tocado.

—Sí, queridita mía, dice Cecilia, solo hace cuatro días que estamos reunidas, y estoy encantada de tí, pues te amo como á una hermana. Te lo repito, no tengo que reprenderte mas que una cosa: no tomas bastante cuidado de tu persona.

—¿Qué dices? Yo temia tomarme demasiado.

—No pienso que esto sea jamás de temer; mi querida violeta, eres demasiado modesta, demasiado amiga de la sombra.

—Te equivocas y me juzgas demasiado favorablemente... También amo el tocado y si me dejase arrastrar de esta pasión, me llevaria muy lejos.

—Si fuese así, estarias vestida tan sencillamente?

—Estoy obligada á hacerlo; nosotros no somos ricos y tenemos hijos; los bailes y los trapos cuestan muy caro.

—No tanto como te figuras, violeta! En esto como en muchas otras cosas, basta ser habilidosa para lograrlo.

—¡Si así fuese!... Creia que era preciso ser rica para permitirse vivir en el mundo, aun con moderación.

—Oh! que niñaerial!

—Sin embargo, no me negarás que un vestido de baile cuesta muy caro.

—Puede costar muy caro y ser muy feo; costar muy poco y ser elegante. Tu eres linda, Emelina... Oh! no lo niegues,

o conozco y te lo digo, eres muy linda: para adornar á una mujer como tú, se necesita muy poco y producirias un efecto admirable.

—Para qué? Amo á mi marido y no quiero gustar á los demás.

—Violeta, eres tonta. Y yo, por ventura, me adorno para gustar á otros mas que á mi marido?

Me adorno porque es preciso hacerlo para ir á las reuniones, aun á las de mas confianza... despues de todo, se tiene el derecho de probar lo que se vale. Hoy día el mundo es tan necio, que una mujer mal vestida es una mujer despreciada.

—Es verdad, dijo tímidamente Emelina, que comenzaba á ceder á la tentación.

Envidiaba el tocado y la elegancia de su cuñada. Como las personas demasiado felices, se cansaba de su dicha y no sabia apreciarla en su valor. La dulce vida de familia le parecia muy monótona; sentia á menudo un deseo secreto y malo de mezclarse un poco en el torbellino del mundo que apenas habia entrevisto en su juventud. Cecilia comprendió que la hora era oportuna para atacar esta razon desfallecida.

—Violeta, replicó, eres en verdad muy simple é imprudente. Déjame hablarte con el corazon en la mano. No es posible imaginar una vida mas dulce que la vuestra; tu marido y tu jamás salis de casa; no pasais ninguna inquietud por los que os rodean. Pero ¿es posible continúes viviendo así largo tiempo?... No. Carlos se vuelve melancólico, lo he observado; tu misma no naciste para esta

existencia propia del cláustro; uno y otro, sin advertirlo, experimentais la necesidad de ver un poco el mundo. Al salir del ruido, apreciareis mejor el encanto de vuestra morada. Además, Carlos tiene talento, todo el mundo lo reconoce; pero si se aísla, si no se le vé en parte alguna, si vivis con una simplicidad que os desconsidera—la expresion es ruda, pero exacta—su talento será pronto desconocido y tú y tus hijos os encontrareis en mala posición.

—Pues qué hacer?...

—Vestirte con mas elegancia, lo cual no será difícil, porque he observado que tienes un gusto esquisito; hacer algunas visitas; no rechazar todas las invitaciones que os dirigen.

—Nosotros no podemos obrar así: esto sería querer nuestra ruina.

—Todo lo contrario. A partir del día en que vosotros habreis comprendido que se hace ahora preciso, de buen ó mal grado, ocuparse de esta gran palabra: *figurar!*, os imaginareis mil medios ingeniosos de deslumbrar á los tontos, sin que esto os cueste gran cosa; y cuando hayais deslumbrado á los tontos, estos se encargarán de hacer vuestra fortuna.

—Carlos defiende bien las causas que se le confian; pero tú defiendes mejor aun, aquellas de las cuales te encargas. La tuya está ganada! desde hoy rompo un poco con mis antiguas costumbres, que concluirían, como tu dices, por llegar á ser peligrosas; pero no diremos nada de todo esto á mi marido.

—Ya lo creo. Regla general, querida mia, cuando se quiere servir á esos se-

ñores, no es preciso decirles: todo lo que vais á hacer, será por él. Si se le declara que eres linda, que tienes talento, que sabes ocupar tu puesto en todas partes mejor que otras muchas; quien recojerá los frutos mas que él, quien ganará al verse marido de una mujer elegante, figurar en el mundo, buscado por los clientes?...

La conversacion terminó así. La ambiciosa Cecilia habia logrado lo que queria; habia soplado en el corazón de Emelina los dos demonios: la sed de gloria y el amor de figurar.

(Se continuará.)

EL PRIMER ENEMIGO.

El mundo.... ¿qué me importa el mundo, adulador cobarde de todas las iniquidades que triunfan, cortesano de todas las miserias que brillan, alentador perpetuo de toda maledicencia, eco impaciente de toda calumnia?... ¿Qué me importa el mundo, donde la virtud ha de vivir ignorada para no verse escarnecida, donde la traicion encuentra aplauso y la lealtad vilipendio, donde la pobreza humilla y el vil metal ennoblece? (*Selas*).

Es cosa por todos sabida, que ya no hay rincón de taberna, ni mesa de café, ni chimenea de casino, donde cuatro sabios desconocidos, vagos por regla general, no arreglen, una vez al día por lo menos, los enmarañados asuntos de Europa....; pero la verdadera *comidilla* de estos centros de comunicacion intelectual... es lo que en el lenguaje técnico se llama *chismografía*, que constituye la

parte mas amena, mas variada, mas entretenida, de lo que todos conocemos con el nombre de *crónica escandalosa*.

La vida privada es siempre el asunto, el hogar doméstico la escena, alguna desdicha ó alguna miseria sorprendida ó inventada, el tema discutible y discutido (*Selgas*)

LO QUE PUEDE LA FÉ

Un sábado del mes de Abril del año 1849, se presentó en casa de M. R. maestro pizarrero de Paris, el párroco de uno de los pueblecillos mas próximos, solicitando hablarle con urgencia.

Mr. R... habia salido; pero su esposa hizo entrar al digno sacerdote y se enteró bien pronto, no sin alguna sorpresa, del objeto de su visita.

Olvidaba decirnos que Mr. R... era tan buen cristiano como excelente operario y que la esposa que Dios le deparara, don especial sin duda de su amor, tenia una fé capaz de trasportar las montañas.

—Vengo, le dijo pues el buen párroco, á pedirnos un servicio inmenso. Estoy haciendo algunas reformas en mi iglesia: contaba con ochocientos francos, que debian serme entregados hoy mismo, para pagar esta tarde á los obreros, y hé aquí que el dinero no ha llegado á mi poder. Imaginad ahora el efecto que esto producirá en un pueblo pequeño como el mió!... Van á decir que el Cura es muy bueno para mandar trabajar; pero que no paga á los trabajadores... y la clase entera sufrirá.

—Mas, porqué no me lo habeis avisado con dos ó tres dias de tiempo?

—Ah! no me ha sido posible: hasta ayer no supe que era preciso esperar unos dias mas aun, la llegada de los ochocientos francos. Recibí la noticia por la carta á que debia acompañar esta suma.

—Lo siento muchísimo, señor Cura, estad seguro de ello, pero nada puedo hacer por vos. Es verdad que tengo, ahí justamente esa cantidad; pero la necesito para pagar esta misma tarde á los obreros de mi marido, que se halla fuera como os he dicho, y no pensará en realizar otros fondos, contando con esos para las atenciones del momento.

—Sí, lo comprendo muy bien.... Aunque tal vez de aquí á la tarde podriais encontrar algun recurso.... En otro caso el mal que temo será irreparable!... De todos modos os dejo, con la confianza de que Dios os inspirará quizá, el medio de sacarme de la cruel situacion en que me encuentro!... Yo esperaré á la llegada del mandadero del pueblo, que sale á las tres de la Hostería de *El Plato de Estación*, calle de San Martin.

Esto pasaba pocos momentos antes del medio dia.

El buen párroco se despidió y la esposa de Mr. R.... se echó á discurrir como haria para procurarle los ochocientos francos; pero inútilmente. Y, entre tanto, la hora de la salida del mandadero se aproximaba!

Solicitada fuertemente por una voz interior, la esposa de Mr. R... se puso á rezar. Tenia una confianza ciega en el poder de San José, el glorioso y digno esposo de la Virgen Maria: á él recurrió pues, y de rodillas ante su imagen ben-

dita, y con la fé sencilla é ingénua de los tiempos pasados le habló de esta manera:

—Mi buen santo! tengo una cosa que deciros. Hay un párraco, fervoroso y ejemplar que se vé angustiado, por carecer de ochocientos francos; que sabeis necesita hoy mismo indispensablemente... Pero este dinero pertenece á los trabajadores de mi marido, y no puedo por tanto dárselo... Voy pues á prestaros los ochocientos francos, mi buen San José, pero por unas horas tan solo; hasta las seis, lo mas tarde... Hoy no puedo hacer otra cosa, bien lo veis; cuando pueda daróslas os las daré...

Y dicho esto Mad. R... se levanta, consulta el reloj y dice á su padre político, que iba á salir de casa.

—Mi querido padre, hacedme el favor de tomar enseguida un carruaje, y dad una buena propina al cochero para que os lleve, sin pérdida de tiempo, á la Hosteria de *El Plato de Estaño*, que está en la calle de San Martín. Allí encontrareis al mandadero de C... entregadle estos ochocientos francos de mi parte, encargándole los de á su párroco que lo esperará á la llegada del coche.

El padre político de Mad. R... lo hizo como se lo habia dicho. Tomó el carruaje, dió la propina al cochero y llegó á la Hosteleria de *El Plato de Estaño*, justamente cuando el coche de C... iba á partir: el conductor estaba ya en el pescante, haciendo chasquear su látigo.

No hay para que hablar de la alegría que la llegada del mandadero, portador de los ochocientos francos, produjo al buen párroco de C...

Por su parte Mad R... en cuanto su padre político partió, se puso á trabajar de nuevo, como si nada hubiera sucedido.

(Se continuará.)

Ante el municipio de Paris, y en plena sesion, el doctor Despres, cirujano de la Beneficencia, ha dicho con asombro de todos los concejales:

«El dar casa á las familias de los servidores del hospital, á labanderas y repasaderas será motivo de llegar pronto á la situacion que yo temia, convirtiendo los hospitales en asilo de empleados. Esto sucede ya en la Salpetriere, en Bicetre, en Laënnec, convertidos ya en depósitos de inútiles vigilantes, á los que pagais, alojais y manteneis, aumentando los gastos generales que arruinarán á los hospitales.

»Demasiado comprometidos, todavía es pronto para que deshagais por ahora vuestras hechuras, pero llegará el día no muy lejano, en que las Hermanas vuelvan á los hospitales: éstos se hallarán prósperos y bien servidos como ántes, y ese día será aquel en que hayais recordado la razon, el director de la asistencia sea libre para elegir el personal y termine el actual despotismo.»

